

Crónica del club Reicaz en los picos Rusel.

Septiembre 2018

Era una calurosa mañana de mediados de septiembre cuando íbamos en el coche Victor, mi padre y yo camino del pueblo de Aneto, en los límites entre el Pirineo arañés y la comarca de la Ribagorza. Mientras recorríamos las numerosas curvas del puerto de montaña, y presa de un continuo mareo, iba repasando mentalmente el plan que teníamos previsto para ese fin de semana: la ascensión a los picos Rusel realizando un vibac a la altura del lago a 2700 metros. Como teníamos previsto, nos reunimos a las 13h en el bar de Aneto con nuestros camaradas de vibac Javier, Alejandro, Juan Carmena y Antonio. A la comida se sumaron Jose María y las mujeres ya que un segundo grupo tenía previsto la ascensión al pico Vallibierna.

Tras una copiosa comida en la pequeña y solitaria tasca del pueblo arañés, y arropados por los parroquianos del lugar, nos pusimos en camino hacia el final del puerto: la presa de Llauset a 2000 m aproximadamente. Allí comenzamos el ascenso por una estrecha senda y al mismo tiempo que bordeábamos la presa, saludábamos a los numerosos excursionistas que descendían del valle por motivo de la celebración de la nueva reforma del refugio Llauset.

Lastrados por unas pesadas mochilas llenas de ropa de abrigo, comida y demás utensilios, sobrepasamos la asombrosa y nueva construcción del refugio para alcanzar unos ibones a unos 2700 m de altura. Allí encontramos junto al arrollo del desagüe de uno de los grandes lagos, unas repisas herbosas que nos servirían para pasar nuestra noche al raso. Y es que ya va siendo habitual que el club Reicaz organice una vez al año una excursión que incluya noche al intemperie. Esta experiencia sigue levantando intrigas, a veces dudas, de la necesidad o la utilidad de exponerse por una noche a las fuerzas de la naturaleza. Y es que como todo buen montañero sabe, un vibac puede ser muy frío y los minutos se pueden convertir en horas. Y es que nuestro cerebro y como es natural, retiene de las experiencias aquello que más le asusta. Por otro lado, si tratada con respeto y cariño, la naturaleza es capaz de mostrarle al hombre lo sencilla que es la vida en forma de un puñado de escarpadas cimas bañadas por la rojiza luz del atardecer.

Debían rondar las siete de la tarde cuando nuestros sacos reposaban sobre sus esterillas. Entonces nos sentamos en corro y la cena transcurrió entre chistes coloniales, anécdotas acerca de los rusos y recuerdos de otras ascensiones. Pronto se hizo de noche cuando una espléndida y redonda luna llena nos sorprendió, al tiempo que la temperatura empezaba a caer. Nos dijimos buenas noches y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

La noche transcurrió sin sobresaltos: hacia las dos se levantó una suave y breve brisa, y algo más tarde la temperatura descendía a valores algo más otoñales pero que no alterarían en exceso nuestro descanso. Así que a eso de las seis el jefe se puso en marcha y con él, el resto del grupo. Desayunamos bajo la luz de los frontales, cogimos agua del arroyo y cuando ya empezaba a clarear comenzamos a andar hacia el Rusel oriental, cuya cima divisábamos enfrente nuestro. La explosión de luz al amanecer no solo nos recordó la belleza del granito

pirenaico cuando naranjea, sino que además nos dió ánimos para afrontar la hermosa cresta que estilosa y con forma de herradura subía hasta la arista cimera de los Rusel.



Era en estos momentos cuando nuestros amigos Domingo, Jesús y Yaiza se reunían con nosotros a pie de cresta. Venían de dormir en el refugio. Nos contaron lo bonito que había quedado el nuevo comedor, lo gentilmente que se habían portado los guardas, y la estupenda habitación de cuatro que habían tenido la oportunidad de disfrutar (con baño y ducha incluidos). Yo les pregunté por el desayuno, y si había sido bueno. También les conté que en mi caso, había diluído un poco de leche concentrada con agua de río, le había añadido un sobre de nescafé y para removerlo me había ayudado de la navaja. Eso y un poco de salchichón y pan duro había sido mi desayuno. Lo que no les conté fue lo poco que me había importado no disponer de un microondas para calentar el café. Y es que cuando uno se va a dormir, y a su alrededor la luna, las estrellas, la brisa y la amistad tocan las notas de una partitura musical, poco le puede importar a uno las pequeñeces de la rutina del día a día.

Con todo esto, ascendimos por la cresta alrededor de una hora hasta alcanzar la primera de las cimas por encima de los 3000m. Nos hicimos unas bonitas fotos, con los macizos de Aneto y Posets detrás nuestro, y continuamos hasta la segunda cima una media hora más. La roca era firme, el patio moderado y todavía no hacía excesivo calor. La mayor parte de la mañana la empleamos en recorrer el marcado lomo que discurre hasta la brecha Rusel, la cima más occidental del grupo. Tras este hito, tomamos nuestro almuerzo. Era ya medio día, nos quedaba bastante excursión por delante y muy poco agua en las cantimploras.



**Celebración de júbilo tras alcanzar una de las cimas.**

Así que sin más demora, descendimos la escarpada canal en dirección al valle de Vallibierna, y comenzamos nuestro regreso a lo largo de un canchal de piedras y dirección el collado de Vallibierna. La aguja sur que ahora teníamos delante y que en uno de los momentos nos habíamos planteado escalar, quedaba ahora descartada. Nuestras fuerzas empezaban a flaquear y la roca y la exposición de la chimenea no aceptarían una decisión temeraria.

En este punto, y debido al entresijo de pequeños valles en la zona, perdimos notablemente nuestra orientación. Fuimos a alcanzar una collada y que esperábamos acortase nuestra travesía hacia el collado de Vallibierna. Pero no fue así. ``Momento Reicaz`` en estado puro: desesperación, discusiones acaloradas, broncas de los más jefes a los menos jefes y diferentes puntos de vista respecto a cual era el camino correcto a seguir. Y es que en este punto el cansancio era ya total y los nervios empezaban a asomar. Ya casi eran las cuatro de la tarde y el hecho de llegar a dormir a Zaragoza empezaba a ser un interrogante en nuestras mentes.

Desandamos la chimenea que ascendía a la collada, y tras una larga y penosa hora de descenso por una empinada ladera herbosa, bajamos hasta los lagos de Vallibierna y aquí retomamos el camino GR11 que con certeza nos llevaría de regreso al refugio. En el lago pudimos zambullir nuestros abrasados pies a punto de ser recauchutados por el calor y la bota. Llenamos nuestras cantimploras y más importante nos rehidratamos con energía para encajar con entereza el hecho de las casi tres horas que todavía nos separaban de los coches.



**Izquierda: paso atlético de bajada en una de las chimeneas. Deracha: Alejandro afrontando los últimos metros de bajada.**

Hacia las 19:30 y con las últimas luces del atardecer ya estábamos llegando al parquin. Nuestro rostro sudado y las expresiones cabizbajas, hacían de nuestro humilde caminar una muestra de que la excursión había una vez más superado nuestras expectativas de dureza. Nos hayábamos cansados hasta el tuétano. Pero no faltaban las sonrisas, los abrazos y las felicitaciones al finalizar la hazaña. Glorioso día entre gente entrañable.

G. Blanchard.

PD: He escrito la crónica en el balcón de mi casa y a las once de la noche. Un poco abrigado, la suave brisa me ha teletransportado a cotas más altas.



